8724
pobre pretendiente

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

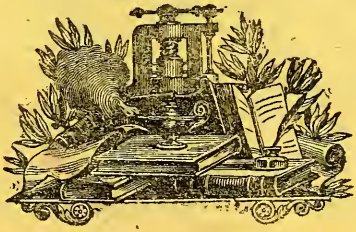
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATALOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERIA,

publicadas hasta 1.º *de Setiembre de* 1849.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errando
cion de Villalar.—Adel el Zegri.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candilaz
beroni.—Alcalde Ronquillo.—Al Cesar lo que es del Cesar.—A lo hecho pecho.—Alfonso el C
Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Amantes de Teruel.—
cion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo martir.—Amo criado.—Amor de madre.—A
hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor venga sus agravios.—Amorios de 1790.—Ang
Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de Calderon.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.
de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde ot
yor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca —Bandera negra.—Bárbara Blomb
Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Batuecas.—
de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de Doña Sancha.—Borrascas del corazon.—Bruja d
jaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey Don Sancho.—Cada cual con su ra
Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de San Pablo.—Ca
Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Carlos II el hechizado.—Carlos V en Ajofrin.—C
virgen y martir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á media noche.—Cása
interes.—Castigo de una madre.—Castillo de San Alberto.—Casualidades.—Catalina de Médi
Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.—Celos infundados.—Ce
justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Cobradores del banco.—Coja y el encojido.—
gialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Com
y la estrangera.—Conde Don Julian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con
y sin dinero.—Contigo pan y cebolla.—Copa de marfil.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, p
ra parte.—Corte del Buen Retiro, segunda parte.—Corte de Carlos II.—Cortesanos de Don Jua
Crisol de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cr
oro.—Cuándo se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidad
las amigas.—Cuñada.—Cuna no da nobleza.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desconfiado.—Dese
en un sueño.—Detras de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Diablo cojuelo.—Dia m
liz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los cria y ellos se juntan.—D
mático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—Don Alvaro de Luna.—Don A
ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Fernando el Emp
do.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan Tenorio.—Don Juan de Mara
Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gime
Ordoñez.—Doña María de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos
casaderas.—Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos p
para una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Du
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.

Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El que se casa por
pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Emilia.—Empeños de una venganza.—Encubier
Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar con la verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mun
Ernesto.—Escalera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los
distas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre to
Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estupidez y a
cion.—Escomulgado.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—Fanátic
las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feria de Mairena.—
nan-Gonzalez, primera parte.—Fernan-Gonzalez, segunda parte.—Finezas contra desvios.—Flaq
ministeriales.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray Luis de Leon.—Frenologia y magn
mo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar
de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata muger.—Genoveva.—Gondole
Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo Colman.—Guil
Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Hernani,
honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del avaro.—Hija de
gente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo en cuestion.—
predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hombre gordo.—Hombr
mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre pacífico.—Hombre feliz.—
nor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Honra y provecho.—Hostería de S
ra.—Haz bien sin mirar á quién.

EL POBRE PRETENDIENTE,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON JOSÉ MARIA DE CARNERERO.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
EON VERECUNDO CORBETA Y LUENGA-VISTA, *pretendiente.*	*A. Guzman.*
DOÑA HILDEGUNDIS, *pretendienta.*	*G. Torre.*
DON JUAN.	*A. Valero.*
DOÑA CLARA.	*C. Rodriguez.*
JORGE, *mozo de oficio de una oficina.*	*J. G. Luna.*
UN MOZO DE CAFÉ.	*J. Guzman.*
UN INVÁLIDO.	*L. Fabiani.*
UN EMPLEADO.	*A. Rubio.*

Esta comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

Acto único.

El teatro representa la antecámara de una oficina. A un lado salida á la calle. Al otro entrada al departamento de los empleados: en el fondo el gabinete del gefe principal.

ESCENA PRIMERA.

JORGE, *sentado junto á una mesa.* DON JUAN *y* DOÑA CLARA.

Clara. Sí, primito, tienes buenos empeños; se hablará en tu favor, y no pierdo la esperanza. Confieso que al principio me habia asustado la entrada de esta direccion general... Qué mamparones! qué porteros! qué centinelas! *Adónde va usted, señora? por quién pregunta usted?* El portero, sobre todo, tiene un tono tan encrespado!... La verdad, yo no sé cómo son tantos los que toman el oficio de pretendientes.

Juan. Qué quieres? el aliciente de servir al Estado...

Clara. Y de cobrar el sueldo.

Juan. Eso nada tiene de estraño, porque en resumidas cuentas el hombre trabaja para vivir. Lo que sí me parece es que cuando uno es apto, y está en el caso de servir un destino, no debia haber necesidad de...

Clara. De qué? vamos á ver. Qué, quieres que te vayan á buscar, y estándote con los labios muy cerraditos lograr lo que deseas... asi, por via de encantamiento? Mira, primo, el mérito tiene su mérito, no te lo niego; pero el

608820

favor no es enfermizo. Con los poderosos sucede á veces lo mismo que con las mugeres: no se logra sin hablar. No estás trabajando en esta oficina como meritorio y sin sueldo alguno? Pues bien, estas cosas es preciso decirlas mucho, y machacar, y no perder ripio. Lo demas son nimiedades ridículas y quedarse en la estacada.

Juan. Y qué me quieres decir con eso? He de ir yo?...

Clara. No señor, no se dice que haga usted nada que no sea regular. Lo que se dice es, que no debe usted ser insolente, ni desaprovecharse las recomendaciones que pueden ser útiles. Estamos?

Juan. Estamos, supuesto que usted lo manda, señora primita. Pero á decir lo que siento, yo me contentaria con tener mucho favor, no con mi gefe el señor director general, sino con otra persona cuya gracia me importa mas que la de todos los poderosos de la tierra.

Clara. Y qué persona es esa? (*Con malicia.*)

Juan. Es una persona que puede hacerme tan feliz como el mejor de los empleos. Tú la conoces muy bien, y ya sabes de quién hablo. Si quisieras decirla dos palabritas no mas en favor mio; si quisieras manifestarla que hace mas de tres años que deseo que me proteja; si en fin, primita, quisieras que diesen término las penas que sufro, yo, entonces...

Clara. Eres un ente singular. Con que deseas pretender, y yo soy la que... me gusta la idea. Pero tampoco hago caso de las gentes que no hablan, y para conceder algo es preciso que me pidan.

Juan. Y puedes estrañar mis temores? Mil veces te lo he dicho, primita. Tú enviudaste, y quedaste bastante rica; tu boda, hija de la conveniencia y de la direccion de un tutor que sabia especular, me privó hace cuatro años de las esperanzas que yo entonces habia concebido. Tú cediste, y otro fue tu dueño; quiso Dios llamar á sí á tu marido, y renació mi amor y mi deseo de inspirártele. Pero ya se vé... perseguido por la suerte con el corto haber de mi patrimonio, sin gran proteccion, y casi sin empleo puede decirse...

Clara. Pues de eso se trata, del empleo. El señor oficial mayor era íntimo y pariente de mi marido, te estima, y me ha dado buenas esperanzas. Ya se ha insinuado con el señor director general, que sabe nuestras intenciones. Es

un buen señor, justo y apasionado del mérito. Hoy mismo debe concedernos una audiencia, y le hablaremos con claridad. Por eso he venido.

Juan. Ay, prima amada, y cuánto agradezco tu celo y el interés que me manifiestas!

Clara. (*Registrando su ridículo.*) Pero tate, que con la prisa he olvidado... Mala cabeza tengo para pretendienta. Querrás creer que me he dejado sobre el tocador el memorial que escribiste ayer en casa, y que quedé en traerte esta mañana?

Juan. Te empeñaste en quedarte con él...

Clara. Hice muy bien, pues queria que le viese nuestro protector. Pero es temprano todavia, y hay lugar, me parece, para ir, volver y llegar á tiempo: sí, sí, hay lugar. Vaya, pronto vuelvo.

Juan. (*Acompañándola hasta la puerta.*) Ay, primita! Cuando uno tiene una amiga tan linda y tan digna de ser querida, ya puede desafiar á las desgracias, y burlarse de la mala suerte.

ESCENA II.

DON JUAN *y* JORGE, *que se levanta de la silla.*

Juan. Conozco que me quiere. Ojalá pueda yo servir útilmente á mi rey en un destino honroso, y vivir feliz al lado de una muger tan apreciable y virtuosa!

Jorge. Diga usted, señor don Juanito, por qué se va esa señorita? La han negado la audiencia?

Juan. No es eso, sino que se le ha olvidado un papel importante, y...

Jorge. Un papel? Esa es buena: qué mejor papel que el de ser tan bonita? Papel con unos ojos tan... vaya que con los tales ojos no se necesita de otro pasaporte.

Juan. Oiga! te ha parecido bien, eh?

Jorge. Toma! cuántos espantajos hay que sin tener sus ojos ni su garbo, se cuelan sin embargo por esas mamparas, y se meten hasta el despacho de S. E.? Vea usted, sin ir mas lejos: ahi está aquel personage largirucho y porfiado, mas entremetido que una aguja, y mas... vamos, que le tengo tanto miedo como á un cañon.

Juan. Pero de quién hablas?

Jorge. De quién he de hablar? De ese don Verecundo Corbeta y Luenga-Vista, para quien son inútiles las centinelas y no bastan los porteros. Yo no sé cómo se lo compone; pero el tal don Verecundo se enebra por el hueco de una llave, y á fé que estoy admirado de no verle ya en esta portería.

Juan. (*Mirando su relox.*) Es temprano aun. No han dado las diez.

Jorge. No son las diez, y ya está usted en su puesto? Qué celo, señor don Juan, qué celo! Vea usted si otros con sus tantos mil y pico son exactos.

Juan. Vamos, calla: esas no son cuentas tuyas. Yo sé tener paciencia, y conformarme con mi suerte.

Jorge. Ya, eso sí. Qué apostamos á que ninguno de estos señores falta hoy?

Juan. Y por qué hoy?

Jorge. Válgame Dios! No ve usted que es el dia de cobrar la mesada?

Juan. Sí, es verdad; eso no va conmigo.

Jorge. Ya lo veo; ellos cobran, y usted...

Juan. Y yo voy á mi tarea y á cumplir con mi obligacion. (*Yéndose, y vuelve.*) Ah! mira, cuando vuelva esa señorita procura que no espere. Hazla entrar, entiendes?

Jorge. Sí señor, sí; quedará usted servido.

ESCENA III.

JORGE.

Estos pobres diablos de meritorios siempre viviendo con la esperanza! Buena es la esperanza, muy buena; pero con ella no se va á la plaza, ni se paga al casero.

ESCENA IV.

JORGE *y* DOÑA HILDEGUNDIS.

Hildegundis. (*Como quien habla con el portero por dentro.*) Sí señor, sí; tengo licencia para entrar, y por eso entro.—Oiga usted, amiguito, está alguno de los gefes?

Jorge. No señora, ninguno de ellos ha venido todavia.

Hildegundis. Ninguno todavia? Cáspita, y qué vida tan re-

galona se dan sus señorías! Pero no hay nadie, lo que se llama nadie?

Jorge. Nadie, señora. Cuando digo que nadie! Solo hay un escribiente.

Hildegundis. Y qué, un escribiente no es siempre alguien?

Jorge. No se canse usted, señora: usted ha venido muy temprano.

Hildegundis. Vea usted lo que es. Yo estaba inteligenciada en que lo que es una pretendienta nunca llega muy temprano por mucho que madrugue. Pero en fin, ya que usted lo entiende asi, aguardemos y tomemos asiento. (*Se sienta familiarmente, y se pone á escarbar el brasero.*) Vengo lo que se llama derrengada.

Jorge. (La muger no se anda con cumplimientos.)

Hildegundis. Y cierto que para lo que yo pretendo no valia la pena de... Solicito un estanquillo que hay vacante en Buitrago, y á fé á fe que ya hace tiempo que le hubiera logrado si no fuera por mi marido.

Jorge. Pues qué el marido de usted se opone á?...

Hildegundis. No es eso, nada menos que eso. El pobre diablo nunca ha tenido voluntad propia, pero jamás ha sabido hacer las cosas á tiempo. Ahora es cuando mas falta me hacia para el logro de mi pretension; pues bien, ahora cabalmente es cuando le ha dado la gana de morirse.

Jorge. Ahi es una friolera! Vea usted qué fatalidad!

Hildegundis. Sí señor que lo es, y grande! Dicen que lo que pretendo no es cosa de mugeres, y que es menester que sea un hombre á quien se conceda esta gracia, porque parece que solo un hombre debe llenar el hueco. Oh! eso sí, lo que es el que pudre yo sé que no se encontraria otro como él para llenar el hueco! Pobrecito! Era pintiparado para el paso. Y si consistiera en casarse.... á qué estamos? Pero sí, vaya usted en estos tiempos á tropezar de buenas á primeras con un marido! Allá en maridos! La cosecha se esteriliza, y... Pero usted que trata con tantas gentes, y que debe tener noticia de todo, no sabe por ahi de alguno que me quisiera en legítimo matrimonio? Este seria gran golpe, y estoy cierta de que entonces, oh, entonces... todas las dificultades estaban zanjadas.

Jorge. Calle, un marido dice usted? Cabalmente pudiera ocurrir... Vamos, me parece que hemos dado en el hito.

Ello sí, el que á mí me ocurre es un rival tenaz en eso de pretensiones; un artillero formidable; pero una vez que el consorcio mancomunase los intereses, entonces, ya se vé, todo se queda en casa, y... Hablo de un tal don Verecundo Corbeta y Luenga-Vista, hombre mas impertérrito con un memorial en la mano que todos los pretendientes conocidos en los tiempos antiguos y modernos.

Hildegundis. Y usted cree que ese sugeto?...

Jorge. Creo que á trueque de lograr un empleo es capaz de todo: y en ese caso no dificulto que atropelle con los peligros matrimoniales, y la adopte á usted por legítima consorte. Usted no le conoce? Hombre único! es el prototipo de los solicitantes: madruga mas que el alba, y hasta á los mismos porteros de las secretarías les infunde un terror pánico. No hay agente de negocios á quien no visite; abogado con quien no consulte; covachuelista á quien no acometa; gentil-hombre á quien no salude; consejero á quien no escriba; ministro á quien no apure. Está en todas partes: en los consejos, en las escribanías, en las secretarías, en las antecámaras de todos los grandes. Sabe la guia de forasteros de memoria, y tiene registro abierto en las parroquias para tomar noticia de la hora y minuto en que mueren todos los que tienen algun empleo que dejar vacante al tiempo de embarcarse para el otro mundo. En el rigor del invierno, en los verdores de mayo, siempre es el mismo. Ni le acometen resfriados, ni teme la escarcha, ni le detienen los lodos; y es capaz él solo de desafiar á todas las estaciones y á todos los elementos, antes que faltar un minuto á la hora de las audiencias. Sus bolsillos son un almacen de memoriales, su boca un torrente de palabras, su cuerpo un manequin de cortesías, y sus piernas, en cuanto á agilidad, son superiores á las de las liebres. En una palabra, es un hombre que corre, vuela, se enebra por el ojo de una aguja, no sosiega un instante, se produce y se reproduce con increible ligereza; y sin embargo, tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas no le han valido nada hasta ahora, y en cuanto á empleo... Dios guarde á usted muchos años.

Hildegundis. Con todo, con todo, tanto me ha dicho usted, y la descripcion de ese personage ha resonado tan armo-

niosamente en mis oidos, que al cabo al cabo él se saldrá con la suya. Con efecto es rival temible, y al enemigo el puente de plata. Por eso veo que si usted le hablase... (*Metiendo las manos en su ridículo.*) qué gratitud la mia! Sí, mucha gratitud, mucha! Ay Dios mio! Solo tengo en el saco mi memorial y mi pañuelo! Pero á propósito, van á dar las once, y creo que puedo entrar.

Jorge. Sí, sí, entre usted en esa pieza, y vea usted si quieren pasar recado. Pero no sea usted otra vez tan madrugadora; con las prisas se llega antes de tiempo, y siempre suele olvidarse alguna cosa. (Tómate esa.)

Hildegundis. Ah pícaro, ya te entiendo; pero colémonos. (*Se entra.*)

Jorge. Tal para cual. Si esta dueña se casase con el tal don Verecundo Corbeta y Luenga-Vista, confieso que formarian una original y bien acondicionada pareja. Pero no olvidemos lo importante, y demos un limpion á las mesas y á las papeleras.

ESCENA V.

DON VERECUNDO.

(*Entreabre la mampara, y asomando la cabeza examina toda la escena. Cerciorado de que no hay nadie, sale de puntillas. Estará vestido con medias negras, calzones de seda, chaleco negro y frac de color de tabaco ú otro semejante. Peluca con polvos, sombrero de tres picos debajo del brazo.*)

Pues señor, no hay nadie, lo que se llama nadie. Mio es el campo, y puedo maniobrar libremente. Si no tengo telarañas en los ojos, discurro haberme orientado, lo que se llama orientado, en la carta topográfica de esta oficina. Sí, no hay duda: aquel es el gran porton; aquella la puerta falsa; estotra la mampara que conduce al gabinete de S. E.... Dios le guarde á S. E. muchos años para utilidad de la monarquía. Dios le guarde, y á mí tambien. Que viva S. E. no es un obstáculo para que yo haga otro tanto. Todos cabemos en este mundo, unos mas arriba, otros mas abajo, otros asi serpenteando la

suerte, y oliendo donde guisan. Yo, por ejemplo, por nada me asusto. Mi plan es irrevocable; la vocacion impertérrita; el humor constante; la esperanza inmensa, y el hambre diurna. Yo no sé por qué me llamo Verecundo, ni por qué me apellido Corbeta con la conterilla de Luenga-Vista! El nombre, eso sí, es sonoro; pero un hombre que sabe, asi como yo, culebrear las dificultades, y eludir los inconvenientes, debia tener un título mas rimbombante y estrepitoso! El baron de la Lagartija, supongamos... Esto es significativo: dice mas, mucho mas. Y de qué se trata? Puede en resumidas cuentas haber una ambicion mas estricta ni mas subalterna que la mia? Vean ustedes qué gran cosa! un estanquillo miserable en un lugaron como Buitrago! Vacante está por muerte y fallecimiento de su anterior propietario! Morirse un hombre y perder su empleo, ya se sabe, es todo uno! Y yo tan!... Ya se vé, hay tanto pretendiente en esas antesalas! tanto gaznápiro! Pero yo... imperturbable. Empujon por aqui, empujon allá! Y por fin, si estos empujones le hiciesen á uno ir adelante! Cuando se va adelante todo lo demas es menos. Un hombre debe tener resolucion: *audaces fortuna juvat.* Audaz y escurridizo: esta debe ser la divisa del pretendiente. Pero tate!

ESCENA VI.

DON VERECUNDO *y un* INVÁLIDO.

Inválido. Yo bien decia que alguien se habia colado. Oiga usted, amigo, por dónde ha entrado usted?

Verecundo. Por dónde? por dónde he entrado! Pregunta exótica! Por la puerta.

Inválido. Ya, por la puerta; pero el caso es que usted no puede entrar.

Verecundo. Hombre, no sea usted inocente: supuesto que estoy dentro, señal que pude entrar.

Inválido. Pero con qué licencia? con qué autoridad?

Verecundo. Usted quiere decir con qué autorizacion, con qué privilegio, no es esto?

Inválido. Las órdenes son muy estrictas, mucho; y á menos de no mediar motivos preponderantes...

Verecundo. Pre... po... qué? Ponderantes!

Inválido. Dejémonos de chufletas, y vuélvase usted por donde ha venido.

Verecundo. Pero hombre, usted es un Calígula! Cuando le digo á usted en buen romance que...

Inválido. A mí no me importan los romances ni las novelas. El caso es que usted debe marcharse.

Verecundo. Bien, hombre, bien, me marcharé. Para eso no se necesitan tantos circunloquios. (Oh, yo bien entiendo lo que ha querido decir con sus motivos preponderantes, demasiado lo entiendo.) Vaya, no hay que enfadarse. Ya me afufo. Agur, amigo.

ESCENA VII.

EL INVÁLIDO.

Me gusta el hombre este por lo corto de genio. Vaya que... si creerá que uno es tonto! Ya se ve, tengo la vista tan corta que algunas veces... no es estraño; algunas veces, con tanto diablo de entrante y saliente como tenemos en estas casas, los bultos se cuelan imperceptiblemente; y á no ser porque uno á fuerza de esperiencia está ya ducho, sapos y culebras, y elefantes entrarian sin que cien ojos pudieran estorbarlo. La verdad, esta es vida de perros.

ESCENA VIII.

EL INVÁLIDO *y* DON VERECUNDO.

(*Este abre la puerta con violencia, y atraviesa el teatro con ademan resuelto. Lleva puestos unos anteojos verdes; no trae sombrero; el frac muy desabrochado; una pluma en la boca; un rollo de papeles debajo del brazo y algunos otros en la mano.*)

Inválido. Quién va?

Verecundo. Soy de casa, soy de casa. (*Hablando con la pluma entre los dientes.*)

Inválido. Sí, sí, de casa es; eso se conoce á legua. Pues señor, vuélvome á mí puesto. (*Se va, y don Verecundo vuelve á salir inmediatamente.*)

ESCENA IX.

DON VERECUNDO.

Yo soy otra vez; héme aqui de nuevo en la palestra. Señor, no quieren las gentes persuadirse que lo que importa es saber pretender... (*Articulando.*) saber pretender. Ello sí, conviene que un hombre se halle dotado de ciertos requisitos personales, de ciertas circunstancias recomendables, las cuales, vamos, no se adquieren... Han de ser anejas al individuo. Pongo, por ejemplo, una pierna por este estilo. (*Levantándola y tocándosela.*) Esto es lo que se llama una pierna de pretendiente. Larga, enjuta, espedita. Pierna de triunfo, en una palabra. Pero como iba diciendo, cátame de nuevo en el campo de los griegos. Combinemos el ataque. Aqui traigo mi docena de memoriales. Nunca menos de doce, nunca: mas vale que sobren; la prevision nunca daña. Estos papeles corren unas contingencias, y suelen tener un paradero tan... Y no es porque no se les dé curso. Lo que es curso... sí, á todos se les suele dar. Pero aqui está aquel mocito que limpia las mesas y las papeleras. Yo ya he trabado cierta amistad con él. Sigamos estrechándola.

ESCENA X.

DON VERECUNDO *y* JORGE, *saliendo de la oficina.*

Verecundo. Usemos de marcialidad con él. Esto siempre da golpe.

Jorge. Polvo por polvo; hemos quitado el de las mesas, tomemos ahora uno. (*Volviéndose.*) Ah, ah! es usted, señor don Verecundo Corbeta y Luenga-Vista?

Verecundo. (*Con aire muy risueño.*) El mismo, el mismo soy, queridísimo don Jorge. Pero hombre, (*Mirándole atentamente.*) estoy reparando que usted engorda por minutos! Qué salud! qué tez tan rubicunda! Da gusto el verle; se conoce que esta atmósfera le sienta á usted de lo lindo.

Jorge. De usted he estado hablando hace unos cuantos instantes.

Verecundo. Oiga!

Jorge. Sí. Y con una señora.

Verecundo. Calle! Vean ustedes el buen don Jorge, y cuánto le debo.

Jorge. Es, pues, el caso que una cierta señora que toma mucho interés por usted...

Verecundo. (*Que ha estado siempre distraido.*) Eh, eh! interés por mí?

Jorge. Cabalito. Se alegraria mucho de proporcionar á usted la plaza que solicita.

Verecundo. Hombre! hábleme usted de eso. El corazon se refocila. Pero cómo y por dónde esa madama?...

Jorge. Qué quiere usted? las mugeres son asi. Cuando un hombre las entra por el ojo derecho...

Verecundo. Eso sí que es verdad. En entrando por el ojo derecho...

Jorge. Pues como digo, la tal señora, en una palabra, la veo dispuesta á casarse con usted.

Verecundo. (*Riendo.*) Ja, ja, ja! qué idea tan sublime! Hé aqui una de las grandísimas ventajas que tenemos los celibatarios!

Jorge. Y como usted quiera ser su marido no tiene mas que abrir la boca.

Verecundo. Pues eso qué dificultad ofrece? Y supuesto que la tal tiene en su mano la administracion...

Jorge. Es decir, no la tiene, pero pudiera tenerla si usted se casase con ella.

Verecundo. Amigo, todo eso es muy metafísico, porque lo que á mí me parece que convendria es que esa tal me hiciese dar el acomodo, y luego hablaríamos. Hola! aqui sale uno... este es sin duda alguno de los oficiales.

Jorge. Es y no es: está de meritorio, pero sin sueldo.

Verecundo. Pero sin sueldo, eh? Ya caigo. Y con efecto, ya habia yo descubierto en él un no sé qué de mustio y de taciturno. Mas con todo, aunque no le paguen para estar contento, eso no quita que siempre se podrá sacar alguna raja.

ESCENA XI.

LOS DICHOS *y* DON JUAN, *á quien don Verecundo hace muchas cortesías.*

Juan. (*A Jorge.*) Dí, Jorge, no ha vuelto todavia aquella señora de antes?

Jorge. No señor, aun no ha vuelto.

Juan. Vaya, pues en ese caso voy á aprovecharme un momento de los minutos que tengo libres, porque con tanto como hay que hacer, no he tenido aun tiempo de desayunarme.

Verecundo. Qué es lo que oigo? No se ha desayunado todavia? Hombre mio! (No hay mas que dos medios para apoderarse de las gentes; el uno es el de cogerlas por la cortesía; el otro es mas eficaz: consiste en cogerlas por el hambre. Pero como no es conducente empezar por el hambre, demos principio por la cortesía. Gastemos sombrero.) (*Tose recio para que reparen en él, y continúa las cortesías.*)

Juan. Quién es este original, y qué es lo que quiere con tantas reverencias?

Verecundo. (*Saludando siempre.*) Usted, caballero mio, adivina sin duda el motivo que me trae á este umbral de la fortuna. Pero me será muy facil demostrarle...

Juan. Yo lo que adivino desde luego es que usted es un hombre de muy buena educacion. Tiene usted un modo de saludar tan fácil, tan elegante...

Verecundo. Yo le diré á usted. Todo consiste en la gran costumbre. Hace diez años que ejerzo la profesion, y la práctica eso tiene.

Juan. Con que usted es un pretendiente?

Verecundo. Soilo, no hay duda: usted ha puesto el dedo en la llaga. Y ya que usted, amabilísimo jovèn, ya que usted, digo, ha barruntado con tanto acierto mi noble profesion, es preciso, no hay remedio, que me dé usted en lo que pretendo ó una recomendacion activa, ó un empellon benévolo. Qué le parece á usted mejor? qué es lo que usted prefiere, en una palabra, la recomendacion ó el empellon? A mí me es igual; con tal que usted me empuje hácia el pináculo de mi pretension, no repare

usted en pelillos: estoy familiarizado con los empellones.

Juan. Yo con mucho gusto quisiera favorecer á usted; pero es tan poco lo que valgo en esta oficina...

Verecundo. Ya, ya me han dicho. Usted cree valer poco porque no cobra sueldo; pero ese es un error. A usted no le pagan: muy bien. Usted trabaja... *gratis pro Deo!* mucho mejor. Qué quiere decir todo eso? que lo que no va en lágrimas va en suspiros. Falta la cobranza, pero en cambio... qué de consideraciones se tienen con usted! Sí, hábleme usted de esperanzas, de justicia, de mérito. Esto es lo bueno!

Juan. Las consideraciones, la justicia, el mérito! Sí, bueno es todo eso, pero no basta.

Verecundo. (Eso es lo que yo digo. Vamos, está visto, con la cortesía sola no saco partido de este individuo: se conoce que tiene hambre.) Usted ha almorzado?

Juan. (*Como picado.*) Hombre, la pregunta...

Verecundo. No, no andemos con garambainas. Usted ha almorzado? Eso se cala á la legua. Usted no ha almorzado.

Juan. Y aunque eso fuese...

Verecundo. Digolo porque en ese caso quiero que almorcemos juntos.

Juan. Yo nunca tomo nada.

Verecundo. Aqui no se habla de tomar. Yo sé muy bien que ustedes no toman: ustedes aceptan, esto es lo mas que hacen. Pero....

Juan. (*Con dignidad.*) Mire usted, caballero, para chanza basta y sobra. Yo no almuerzo sino con las personas que conozco. Beso á usted las manos. (*Vase.*)

Verecundo. Beso á usted las suyas. Vaya usted mucho con Dios, y siento haberle... Vaya, este mozo no tiene mundo... no sabe vivir. Está visto que nunca saldrá de meritorio, y el sueldo que cobre que me lo claven en la frente. Tambien es buena desgracia la mia, ir á tropezar con un meritorio que no almuerza! Pero tate, y qué palmito! (*Viendo salir á doña Clara.*) Si pudiese hacer de modo que se interesase por mí... No, no. A fé que no seria mal pasaporte para colarme, y... quién será esta ninfa?

ESCENA XII.

DON VERECUNDO *y* DOÑA CLARA.

Verecundo. (*Examinándola mucho.*) Puedo tomarme la libertad de preguntar á esta señora por quién pregunta y á quién busca?

Clara. Busco algun portero que quiera entrar un recado.

Verecundo. Usted está citada? tiene concedida la audiencia?

Clara. Sí señor.

Verecundo. Muy bien, muy bien. En ese caso todo está hecho. Lo único que falta es que... un acompañante nunca daña. Si usted quisiera dispensarme ese honor...

Clara. No, no quiero abusar de la bondad de usted.

Verecundo. Oh, no, de ningun modo: eso no, no me sirve de la menor molestia. De qué se trata, de un memorial? de una reclamacion? de una carta de recomendacion?

Clara. (El hombre me parece un poco raro, pero es muy atento.) Se trata de este memorial que debo dar á S. E. El señor oficial mayor va á tener la bondad de presentarme.

Verecundo. (*Cogiéndole.*) Ah, ah! un memorial... sí, con efecto, un memorial es. (*Leyendo.*) «Señor, don Juan de Layron, oficial meritorio de la secretaría...» Ah, ah! es un joven empleado aqui... un joven, sí, sí, un joven muy pulidito, muy atento. Le conozco, señora, y me alegro de que tenga tan favorables recomendaciones. Ahi en la pieza inmediata tiene su mesa. (*Se guarda el memorial y ofrece la mano á doña Clara.*) Y cuando usted guste podemos pasar adelante.

Clara. Yo no quisiera que usted se molestase. Y como no tengo el honor de conocerle...

Verecundo. Valiente dificultad es esa! El conocimiento pronto se hace, y puede usted hacer cuenta que me conoce hace un siglo. Ello alguna ha de ser la primera vez. De todos modos, para que usted me conozca la diré quién soy.

ESCENA XIII.

LOS DICHOS *y* DON JUAN, *que sale de prisa.*

Juan. Cómo, primita; tú aqui esperando, y yo aguardándote con la mayor impaciencia?

Verecundo. (Primito tenemos? este es otro cantar. Maldito meritorio, y qué mala obra que me haces! Pero aqui de mi meollo! Cáspita, qué idea tan sublime! y qué arriesgo en ello? Quién sabe si de este trueque de memorial... Ea, fuera escrúpulos. Salga un memorial de los de mi coleccion.) (*Saca un memorial y lo dobla mientras doña Clara habla con don Juan.*) Señorita, (*Dando el memorial doblado á doña Clara.*) tengo la honra de devolver á usted el papel que me ha dado, supuesto que ya tiene un nuevo introductor de embajadores.

Clara. (*Tomándole.*) Mil gracias, caballero. (*Don Juan da la mano á doña Clara y la conduce á la pieza interior, mientras don Verecundo la hace cortesías.*)

Verecundo. En cuanto á gracias ya está dicho que usted las posee todas, y que... Beso á usted los pies... que usted se mantenga buena... *Humilísimo servo.* (*Los acompaña hasta la mampara, que cierra don Juan.*)

ESCENA XIV.

DON VERECUNDO.

Por poco mas me deja sin narices. Pero estos son gajes del oficio. Reasumamos ahora... Decia, pues, que en cuanto á memoriales los voy dando un meneo de los mas lindos. Lo que yo digo. Señor, alguno de ellos ha de pegar. Lo mas que se arriesga es que á uno le den tres ó cuatro empleos en lugar de uno. Pero á todo esto, leamos el memorial de esta madamita. Oiga! una plaza efectiva en la direccion! Friolerilla es! Y esto es para el señor don Juanito... para el meritorio! Yo creo que la señorita esta y el tal meritorio pretenden juntos.

ESCENA XV.

DON VERECUNDO. UN MOZO *de café con servicio de lo mismo en bandeja, y con panecillo, salchichon ó algo de comer &c.*

Mozo. (*Al salir figurando hablar con alguien dentro.*) Entrele usted el recado. Dígale usted que aqui está el mozo del café con el piscolabis de las once que me ha mandado traer.

Verecundo. Piscolabis ha dicho? Ya caigo en lo que es: el almuerzo de alguno de estos bienaventurados oficinistas. Estos señores no quieren desmayarse; no, ellos hacen muy bien, eso es otra cosa. El estómago es la primera de las oficinas; es la secretaría del cuerpo humano, y la que mas necesita que se dé curso y no se detengan los espedientes.

Mozo. (*Mirando el servicio.*) Pero, ay qué cabeza! Ahora reparo que se me ha olvidado algo.

Verecundo. (*Acercándosele.*) Buen amigo, qué es eso? no viene la provision completa?

Mozo. No señor; yo no sé cómo ha sido; con las prisas esto sucede! Es una botella de tintilla de rota que me han mandado traer, y que se me ha olvidado sobre el mostrador.

Verecundo. Hombre, qué diablura, la tintilla de Rota! Ya se ve, con el afan de echar á correr... lo mejor se quedó en casa. Y es muy lejos?

Mozo. No señor, ahí á un tiro de bala.

Verecundo. El café nuevo, eh? Pues hombre, eso es cosa de una carrera: de un galope va usted y vuelve. Esto será para alguno de estos señores?

Mozo. Sí señor, para uno de los segundos, que sin este refrigerio ha dado en desmayarse. Y con efecto, se va de un vuelo.

Verecundo. Pues eso quién lo duda? No sea usted bobo, amigo; eche á correr. Mire usted, deme usted esos avíos, y por tan poca cosa no tenga usted una desazon. Yo se los tendré á usted entretanto. (*Le coge la bandeja.*)

Mozo. Viva usted muchos años; pero va usted á molestarse.

Verecundo. Hombre, no sea usted tan nimio. Yo aqui estoy despacio, y lo haré con mucho gusto. Eche usted á correr. Venga esa tintilla de Rota, que es lo que importa. Vamos, vamos, que aqui espero yo. (*Le empuja y hace marchar.*)

ESCENA XVI.

DON VERECUNDO *sacando la servilleta, y con la bandeja en la mano.*

Oh, y qué pensamiento tan luminoso! Velis nolis, por fuerza se ha de colar hasta su mismo bufete el piscolabis de

señor oficial segundo: sí, sí, buen ánimo. Ya lo he dicho, audaz y escurridizo, y se logra todo. Allá voy con la música. (*Se echa la servilleta al hombro, y con ademan resuelto y pasos largos sube la escalera del foro, abre la mampara y se entra.*)

ESCENA XVII.

DON JUAN *y* DOÑA CLARA.

Clara. Es fuerte desgracia. Confieso que estoy desesperada. El director general no puede recibirme hoy: no ha concedido mas que tres audiencias. Un intendente, una baronesa y un tal don Roque de Rivajaneria, segun me ha dicho el portero.

Juan. Nuestro mayor ha sentido mucho este contratiempo.

Clara. Confieso que me he puesto de muy mal humor. Tristes de los que se me acerquen hoy, que yo les juro que no han de ganar para sofiones.

Juan. Tengamos sin embargo paciencia, y esperemos que otro dia seremos mas dichosos.

Clara. Sí, sí; eso es mas bonito para dicho. Y si entretanto otro mas diestro se me adelanta? y si tiene ó mas habilidad ó mas fortuna que nosotros y se calza la plaza?

Juan. Sin embargo, primita, ello es preciso confesar que estos señores estan abrumados de asuntos; que no es posible que atiendan á todos á medida de su deseo; que no pueden ver las pretensiones con la misma impaciencia que los que las entablan; y que, la verdad, somos muy injustos á veces cuando murmuramos de los que tienen á su cargo los negocios públicos.

Clara. Lenguage de corte! Bien se conoce, señorito, que es usted de las astillas que forman la tabla. Pero á pesar de todas las lindas cosas que acabo de oir, yo protesto que si S. M. se dignase alguna vez hacerme ministro ó cosa que lo valga...

Juan. (*Sonriéndose.*) Darias audiencia á todo el mundo, no es eso? Y con efecto, te encuentro asi... un aire ministerial que impone respeto. En fin, si tal sucede, y V. E. llega á obtener un ministerio, le ruego humildemente que no olvide mi memorial.

Clara. Entiendo el epígrama, y le merezco. Aqui tengo el

dichoso memorial! (*Sacándole del ridículo.*) Yo no sé cómo antes se me habia olvidado; pero á fé que mi buena carrera me ha costado volver por él, y eso es lo que debe agradecerse. Por señas que esto me trae á la memoria aquel ente tan original que me encontré poco hace en este mismo sitio. Por cierto que le compadezco. El pobre diablo tiene traza de quedarse siempre á la puerta de los ministerios.

Juan. Quién, don Verecundo Corbeta y Luenga-Vista quedarse á la puerta? Bien se ve que no le conoces; y como él encuentre tanta cabida asi... yo le aseguro que... Tate, aqui le tenemos.

ESCENA XVIII.

LOS DICHOS, *y* DON VERECUNDO *por la puerta del fondo con un aire muy contento, y saliendo muy precipitado entonando una copla.*

Verecundo. *De la casa de naide*
que no hablè naide,
porque no sabe naide
cómo está naide.

Le ví, le ví. Oh fortuna! le ví, y esto es algo: él tambien me ha visto, y esto es mucho.

Clara. Cómo, pues, ha visto usted á S. E.?

Verecundo. Sí señora, he tenido la honra de que S. E. y yo nos hayamos cruzado de palabras. Y no haya miedo que se me hayan enredado entre los dientes.

Juan. Usted ha visto al director general, á pesar de la órden que hay para que nadie...

Verecundo. Bah! Véngaseme usted á mí con órdenes! Y luego, hombre de Dios, no ve usted que yo soy una especie de pretendiente momia que puedo colar el bulto, digámoslo asi, de un modo imperceptible? Lo primero que me eché á los ojos fue un figuron pretendiente de por vida, muy pesado y manso, que estaba sepultado y medio roncando entre los brazos de un enorme sillon. Yo le conozco, es un tal don Roque de Rivajaneria.

Clara. (*A don Juan.*) El mismo de quien hemos hablado.

Verecundo. Se conoce que el hombre estaba pensando en la eternidad; pensamiento muy filosófico, y que nunca de-

be salir de la cabeza de un pretendiente. Una señora sale del cuarto del ministro. La mampara vuelve á abrirse, y el portero con voz estentórea y clásica prorumpe: «Que entre el señor don Roque de Rivajaneria!» El buen señor dormia como un trompo. Qué hago yo? no pierdo un minuto; y mientras mi hombre lanza un nuevo resoplido, me soplo en el gabinete del director general mas rápido que una flecha. Pif! aquello ni fue visto ni oido. Yo, valiente siempre, meto mi mano en el bolsillo, saco con audacia espresiva uno de los muchos memoriales de que le llevo siempre provisto, y se le presento á S. E.: S. E. se digna tomarle, le echa una ojeada, y... «Sí, sí, dice; ya sé de lo que se trata: conozco esta pretension. Me constan, añadió S. E., los méritos de este jóven.» Este jóven? Qué bondad, escelentísimo señor! V. E. me honra. Jóven, eh? Jóven... jóven de sesenta años. Eso sí... lo que es como jóven de sesenta años ya soy conocido en Madrid. «Por lo demas, continua S. E., es de una familia distinguida, y que ha servido bien al estado. Ya yo estaba en ello sin que nadie se molestase. «Vaya usted con Dios; y puede mirarse la cosa como hecha.» Figúrense ustedes cuál seria mi entusiasmo al oir estas palabras, y como el onceno, ya saben ustedes, es no estorbar, salí victorioso, y hétenme ustedes aqui coronado de laureles, y pregonando la inmensidad de mi fortuna.

Clara. Pero cómo, en ese caso está usted? Pues digo que...

Juan. Digo que ese es un nuevo modo de pretender, y que me temo que si le conduce al logro de lo que se desea, nunca saldré de meritorio. Y el memorial?

Verecundo. Lo que es el memorial quedóse allí; pero S. E. le marginaba, y no puede ser sino para encaminarle á un fin próspero y satisfactorio.

ESCENA XIX.

LOS DICHOS. DOÑA HILDEGUNDIS *y* JORGE.

Hildegundis. Señores, felicítenme ustedes. Tengo la justísima esperanza de lograr lo que pretendo.

Clara. (Otra te pego.)

Jorge. (*A don Verecundo.*) Es la señora de quien yo le hablaba á usted antes.

Verecundo. Oiga!

Hildegundis. Muy servidora de ustedes, y que no quepo en mí de contento: estoy casi segura de lograr mi estanquillo. Uno de los gefes me ha dicho que es negocio concluido.

Clara. Vamos, está visto: todos lograrán menos nosotros.

Verecundo. Usted, señora mia, tiene la palabra, pero yo tengo el destino, y esto es lo seguro.

Hildegundis. Cómo pues? Usted delira? usted...

Verecundo. Yo, yo, sin mas garambainas ni retruécanos.

Hildegundis. Hildegundis, qué es lo que oyes? Pues si ahora...

Verecundo. Ahora, y antes, y despues el estanquillo es mio. *Quod dixi dixi.* Amiga, rezarlo con encomendarlo.

ESCENA XX.

LOS DICHOS *y* EL MOZO *del café.*

Mozo. Por mas que he corrido no he podido venir antes. Y dónde está mi almuerzo?

Verecundo. Amigo, ya caigo en lo que usted busca. Puede usted hacer cuenta que ya está en el estómago de la persona para quien venia. (El salchichon y el panecillo estan en mi bolsillo.)

Mozo. Pero quién...

Verecundo. Eso no es cuenta de usted. Aqui está la servilleta. (*La saca del bolsillo.*) (Es muy justo devolvérsela, pues es suya.) En cuanto á la bandeja y los demas avíos allí los dejé tras de una mampara. Ahora se traerán.

ESCENA XXI.

LOS DICHOS. UN EMPLEADO *que atraviesa con varios papeles, de los cuales da uno á don Juan.*

Empleado. Una órden que el señor director general ha puesto al márgen de este memorial. Es cosa de usted. (*Entrase.*)

Juan. Y sin duda me toca poner el oficio. Muy bien. (*Le toma.*)

Verecundo. Me temo, me temo, caballerito, que es á mí á quien va usted á tener que oficiar.

Hildegundis. El estanquillo de Buitrago dado á otro despues de lo que se me ha ofrecido! Vamos, es imposible.

Verecundo. Por si acaso es lo mio, jóven, eche usted una ojeada; eso poco cuesta.

Juan. (*Mirando el memorial.*) Sí, aqui está la rúbrica de S. E.

Verecundo. Pero lea usted, lea usted. No me sabrá mal que los circunstantes vean mi modo de enjaretar un memorial. Qué concision, qué estilo! Lea usted.

Juan. (*Leyendo.*) Escelentísimo señor. Don Juan Layron á V. E. espone... Qué veo?

Clara. Cómo? es tu memorial? Qué significa esto?

Verecundo. (*Interrumpiéndole.*) Hombre, qué es lo que usted dice? Vaya, vaya; dejémonos de chanzas intempestivas, y lea usted como Dios manda.

Juan. No hay mas que es mi nombre, y yo soy el que hablo. Don Juan Layron, escribiente meritorio de esta Real direccion &c.; y al márgen del puño de S. E. «Es justo premiar el mérito. Hágase un informe al señor ministro, y propóngasele para lo que pide.»

Verecundo. (*Interrumpiéndole.*) Premiar el mérito dice usted? Pues con efecto, eso no habla conmigo.

Clara. (*Que ha cogido el memorial.*) Dios mio! no cabe duda: es tu memorial, el mismo que yo he traido. Pues qué ángel se ha encargado de presentarle?

Verecundo. (*Registrándose los bolsillos, y sacando una coleccion de memoriales.*) Angel patudo voy ya viendo que ha sido el tal ángel. Quieren ustedes apostar que soy yo mismo el que le ha presentado, y que he equivocado el ejemplar?

Clara. (*Sacando otro memorial de su ridículo.*) Pero señor, si yo lo he guardado, y estoy cierta que... Pero qué miro? (*Leyendo.*) Escelentísimo señor. El que abajo firma, don Verecundo Corbeta y Luenga-Vista...

Verecundo. No siga usted, no siga usted, si no quiere que me caiga muerto de repente. Válgame san Trifon! Jugarreta como la mia... No es mas, lo dicho dicho; sino que ese es uno de los ejemplares de mi coleccion, y el diablo los ha trocado.

Clara. (*Riéndose.*) Vamos, eso es... antes, cuando...

Verecundo. Sí señora, sí; antes, cuando, mejor hubiera sido que se me hubiese pulverizado la mano, que incurrir en una trocatinta tan superabundantemente asnal y subrepticia. Cosa original, señores! Hé aqui el primer empleo que logro en toda mi vida, y es para otro. Pues señor, he echado un bonito dia! puedo decir que me he divertido. Pero hay Dios mio! (*Sacando su reloj.*) Las

dos y media! Vamos, todavia hay gentes en las secretarías de palacio, y de paso entraré por los Consejos. A la órden. (*Yéndose.*)

Juan. (*Mirando su relox.*) Qué habla usted de dos y media? La una.

Verecundo. La una no mas? Pues en ese caso me quedo todavia. Asi como asi, aun tengo aqui algo que pretender. (*Se adelanta hácia el público, y dice hablando con él.*) Señores, don Verecundo Corbeta y Luenga-Vista, doctor de la universidad de la antesala, maestro de reverencias, cursante perpetuo de todas las oficinas de estos reinos, y opositor general á todas las vacantes habidas y por haber &c. &c., tiene la honra de suplicar á ustedes que le miren con piedad, y que no acibaren mas el pesadísimo chasco que acaba de llevar negándole su indulgencia. Lo que es aqui (*Señala á las lunetas y demas asientos.*) hay plazas vacantes todos los dias, y el que llega temprano está seguro de que no le falte una. Tengan ustedes la bondad de hacerse cargo de mi penoso estado. Visítenme ustedes, y si les gusto, eso á lo menos deberá á la suerte y á ustedes este agradecido y Pobre Pretendiente.

FIN.

rovisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.—
y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la juventud.—
ó Napoleon.
bo II.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de Suavia.—Juan de
—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura de Santa Gadea.—
aragonesa.
es de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una muger.—Libelo.—Loca de Londres.—
gida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Luí-
is onceno.—Llueven bofetones.
Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—Marcela,
de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—Marido de la
a.—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Mariño Faliero.—Massanielo.—Mas vale lle-
empo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoleto.—
—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas estraordinarias.—Me-
n la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel.—Memorias de un padre.—Men-
noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cris-
li honra por su vida.—Mi secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Moli-
Molino de Guadalajara.—Morisca de Alajuar.—Mocedades de Hernan Cortés.—Muérete y ve-
uger de un artista.—Muger gazmoña.—Mulato.
l tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por bien no
-No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre el amor es ciego.—Novia de palo.—
el concierto.
r cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Oliva y el laurel.—Otra casa con dos
—Otro diablo predicador.
o el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—
le la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bailen.—
Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual y Carranza.—
cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda par-
uquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Peri-
tre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patricio.—Pilluelo de París.—Plan
ama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de
Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo
amorados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—
amores.—Primito.—Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Pro-
—Pruebas de amor conyugal.—Puñal del Godo.
lirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero
co.—Quince años despues.
llete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey
Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascon.—Ribera ó
a etc.—Rigor de las desdichas.—Ricardo Darlington.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Di-
odrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la fortuna, segunda
—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—Se-
ma duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Simon Bocanegra.—Simpatías —Sin nom-
io de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Solaces de un prisionero.—Solitarios.—Sol-
da y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare
do.
o vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey Don Sancho.—Tio
—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—Tóo jué groma.—Toros y ca-
avesuras de Juana.—Trenza de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor
rte.—Tumba salvada.—Tutora.
ria.—Vellido Dolfos.—Veneciana —Venganza de un caballero.—Venganza de un pechero.—
llo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus celos.—Vicente Paul, ó los
.—Vaso de agua —Verdad por la mentira.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Vir-
deshonra.—Visionaria.—Vuelta de Estanislao.
ma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.—Un dia de
Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—Un novio
iña.—Un novio á pedir de boca.—Un paseo á Bedlan.—Un poeta y una muger.—Una onza á
o.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.—Un secreto de familia.—Un tercero en
—Un tio en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—
na.—Una vieja —Una de tantas.—Una y no mas.—Una muger generosa.—Una noche en Bur-
a retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadero hombre de bien —Un cambio
.—Un Jesuita.—Un marido como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.
.—Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

78 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerías de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Ibarra.--*Alcoy*, Marti Roig.--*Almeria*, Alvarez.--*Avila*, Corrales --*Aviles*, Garcia --*Adra*, Querol.--*Algeciras*, Contilló.--*Astorga*, Rocandio.--*Badajoz*, Viuda de Carrillo.--*Baeza*, Alhambra.--*Barcelona*, Piferrer y Sauri.--*Benavente*, Fidalgo.--*Bilbao*, Garcia.--*Burgos*, Arnaiz y Villanueva.--*Barbastro*, Lafita.--*Baza*, Calderon.--*Cáceres*, Viuda de Burgos.--*Cádiz*, Moraleda y Vidal.--*Córdoba*, Manté.--*Coruña*, Perez.--*Cuenca*, Mariana.--*Calatayud*, Larraga.--*Ciudad Real*, Malaguilla.--*Ecija*, Ripol.--*Ferrol*, Tajonera.--*Gerona*, Figaró.--*Granada*, Zamora.--*Habana*, Charlain.--*Huesca*, Guillen.--*Huelva*, Reyes Moreno.--*Jaen*, Calle.--*Jerez*, Bueno.--*Játiva*, Belber.--*Leon*, Viuda é hijo de Miñon.--*Lérida*, Sol.--*Logroño*, Verdejo.--*Lugo*, Pujol.--*Lorca*, Delgado.--*Málaga*, Medina y Martinez Aguilar.-- *Murcia*, Gisbert.--*Mondoñedo*, Delgado.--*Mahon*, Vinen.--*Moron de la frontera*, Escacena.--*Orense*, Novoa.--*Oviedo*, Alvarez.--*Osuna*, Moreti.--*Puerto de Santa Maria*, Valderrama.--*Palencia*, Camazon.--*Palma*, Gelabert.--*Pamplona*, Ochoa.--*Plasencia*, Pis.--*Ronda*, Moreti y Lombera.--*Salamanca*, Oliva.--*Santander*, Riesgo.--*Santiago*, Valle y Constanti.--*San Sebastian*, Baroja.--*Sevilla*, Caro Cartaya é Hidalgo.--*Soria*, Perez Rioja.--*Santo Domingo de la Calzada*, Regidor --*San Lucar*, Esper.--*Toledo*, Hernandez.--*Toro*, Saez.--*Talavera*, Fando.--*Tarragona*, Aimat.--*Tortosa*, Miró.--*Tudela*, Abadia.--*Ubeda*, Gorriz.--*Valencia*, Navarro.--*Valladolid*, Hijos de Rodriguez.--*Vitoria*, Ormilugue.--*Zamora*, Escobar y Pimentel.--*Zaragoza*, Yagüe y Ascaso.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Figaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Aragó: un tomo, 14.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesías de **D. José Zorrilla:** 13 tomos que se espenden sueltos, 220.

—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 24.

—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.

Recuerdos y fantasías por don José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 12.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.